

YA LLEGA LA NAVIDAD

En el cielo ya brilla la estrella precursora de la Navidad. La estrella que marcaba la ruta de Oriente a Belén. El cielo de todo diciembre es navideño y converge hacia la Noche Buena. Con las noches y días de diciembre cubrimos las últimas jornadas hacia la cuna del Niño Dios. Se respira Navidad en los villancicos, en el despliegue multicolor de las tarjetas navideñas, pero sobre todo se sueña la Navidad en esa expectativa dulce nutrida en mil recuerdos y tendida hacia la próxima alegría y paz de una noche en que el sol desciende hasta nosotros.

Diciembre sueña y espera la navidad. Por eso la revista SIC —que no abandona ni el cauce, ni el río, ni el tiempo,— se une al coro de villancicos populares, y mientras canta piensa en el significado de las Navidades como fiesta que hace saltar a los niños, hace encender el fuego del hogar y palpar el corazón del pueblo.

Navidad, fiesta de los niños

Nos volvemos niños cuando celebramos la Navidad. Porque volvemos a ser otra vez niños y revivimos en nuestro ser y nuestra edad lo que llevamos dentro desde las primeras navidades de la infancia. Hay lágrimas en los ojos al volver a cantar aquel mismo villancico que balbucearon nuestros labios de trapo por primera vez. Hay nostalgia de inocencia e ilusión cuando vemos los regalos en las manos pequeñitas que “escribieron” su carta al Niño Jesús. Frente a cada nacimiento con sus luces de colores, sus casitas blancas y caminitos de arena, nos sentimos de nuevo al lado de nuestros padres “ayudándoles” a hacerlo alcanzándoles ya el pastorcito para el rebaño, ya el ángel suspendido encima del portal.

Navidad es la fiesta de la infancia, de la inocencia en todo su candor, de la alegría radiante, de los saltos de gozo y de los ojazos abiertos. Y así debía ser, porque precisamente el Rey de la Fiesta es el Niño de Belén, el Niño Jesús, que sonríe candoroso desde su cuna.

Estamos alrededor del Niño Jesús y lo vemos y nos alegramos.

La abuelita le dice a su nieto que tiene en los brazos, que ese Niño es el salvador del mundo y morirá en la cruz.

¿Por qué miramos tanto a ese Niño?

¿Por qué hablamos con él?

¿Por qué le escribimos cartas pidiéndole juguetes?

En una palabra: ¿por qué lo tratamos como si no fuera niño?

En esa rara actitud frente al Niño Jesús existe un atisbo de la realidad del Niño del pesebre. En efecto, ningún hombre, ningún héroe ha podido hacer centrar sobre su infancia la atención de la humanidad. Hay estatuas ecues-

tres de libertadores, esculturas monumentales de Buda. Pero en ninguna parte existe el culto a un niño. Con razón, porque en realidad el recién nacido con sus sentidos adormecidos y sus movimientos inexpresivos más bien disimula que muestra su condición racional. Nada nos mueve a la admiración en ese ser rudimentario. Entonces, no se explica nuestra conversación con el Niño Jesús, si ese Niño no es efectivamente algo más que un niño, si ese niño no es Dios.

Hermano mío comunista, eso te ha pasado a tí también. Tú, cuando estabas chiquito le cantabas al Niño y le decías en secreto tus deseos. Comprendes ahora que todo eso hubiera sido imposible, que tus palabras jamás hubieran comenzado si desde el principio no te estuvieran dirigiendo no a un simple niño sino a Dios? Efectivamente creías en Dios. Y ahora no? Pero es que acaso puedes desentenderte de tus primeros pasos de tu primera mirada, de tus primeros sentimientos? No es acaso lo primero lo más definitivo? No es acaso el primer clavo el que penetra más hondo?.

Navidad, fiesta de la familia

La estrella del Portal ilumina el rostro de toda la familia. Las campanas de Navidad van llamando a los más alejados y su alegre repique dirige la ruta del que regresa anhelante al hogar.

En la Noche Buena todos están ahí. Nadie falta. Los más viejos se admiran de ver tantos neños correteando alrededor. Los recién venidos de un largo viaje relatan la honda tristeza de unas Navidades solitarias en un país extraño. Fuera del hogar las Navidades no saben a Navidades y la alegría de otros agudiza la nostalgia.

La dulce familia peregrina en Belén —en el Nacimiento, en el centro de la casa— ha sido hospedada entre los fieles y es el imán que atrae a todos y realiza el milagro de la reunión de la gran familia en la paz del hogar. La familia se encuentra a sí misma, se halla a sí misma reflejada en el espejo de sus más profundos y definitivos anhelos centuplicados con la realidad cristiana y religiosa de hospedar a José y María y de celebrar a ese “Niño que a todos nos ha nacido, el Hijo que nos ha sido dado”.

En los Andes cobra la presencia de la sagrada familia dentro del hogar una expresión más intensa y figurativa. Durante los nueve días de aguinaldos las imágenes de la Virgen y San José “van” de casa en casa pidiendo hospedaje. Naturalmente, los acompaña un cortejo, que hace las veces del coro. Delante de la puerta canta:

De larga jornada
rendidos llegamos
y asilo imploramos
para descansar.

En este momento se dramatiza la acción con el recuerdo de las repulsas betlemitas a los san-

tos peregrinos; y desde dentro de la casa responden con esta estrofa:

Aquí no hay asilo
es la hora importuna
y en parte ninguna
se puede albergar

Y el coro desde la calle:

¡Oh qué despiadados
sois a nuestros ruegos.
A otra parte luego
vamos a llamar!

Ahora los de la casa "se dan cuenta" que los visitantes son nada menos que la Virgen y San José y los invitan a pasar.

El cortejo de cantores entra a su vez cantando:

Entremos reverentes
postrémonos con fe
que hallaron ya posada
la Virgen y José

Así en los Andes tierra de las virtudes cristianas donde la hospitalidad y la familiaridad florecen en los hogares.

Con dolor se puede constatar que no todos los hogares invitan a pasar a la sagrada familia que pide albergue. No en el simbolismo de una dramatización religiosa, sino en la realidad dura de la ausencia de vida cristiana, hay quienes dan con la puerta en la cara a la Virgen y San José. Son muchas las familias desquiciadas por el divorcio. En el país llega al número de 2.000 al año.

Navidades sin hogar, ¿puede haber frío más invernal? La amargura del puesto vacío, el silencio delator del pensamiento que vuela a otras Navidades cuando también papá estaba aquí. Pero ¿quién es ese extraño? Si los cuentas, están todos, pero hay un vacío de desconfianza en todas las miradas.

El avaro de las Navidades de Dickens miraba con envidia el tropel bullicioso de los niños pobres, pero la triste soledad lo carcome. Los egoístas aunque se agrupan para enmascarar su tristeza no pueden huir de esa terrible soledad interna de su propio pecado. Así en estas novísimas parodias de hogares se celebra a su modo las Navidades. Tal vez en una forma artificial, pasando la noche en un club.

Pero, ¿por qué quieren alegrarse ellos también?

¿Por qué no son lógicos con su nueva vida a espaldas del cristianismo?

Envidia? Presiones sociales? Tal vez. Pero tal vez también uno de los ángeles que pasaba, con la punta de sus alas ha revivido el rescoldo de una fe temprana sepultada en las cenizas?

Así, al filo de Noche Buena, se oye cantar en las casas del Partido comunista, en los barrios:

Nació el Redentor
nació, nació
en humilde cuna
nació, nació

para dar al mundo
la paz, la paz
paz y ventura
ventura y paz.

¿Quién puede arrogarse decidir cuál es el espíritu que mueve los labios y el corazón de los humanos? De noche vino el enemigo y sembró zizaña y desde entonces las raíces del mal están entrelazadas con las del bien, y de una misma tierra hay frutos y abrojos, de una misma boca hay quejas y acciones de gracias, de un mismo corazón hay odio y un anhelo hacia el sumo Bien.

Volvamos al hogar de nuestros padres. Aprenderemos porque van a celebrar la octava de Navidad. Y la fiesta es la de PARAR al Niño. Hay una ceremonia llamada la paradura del niño, esto es, ponerlo de pie.

A todos nos dan un gran cirio. Lo encendemos. Ahora los "padrinos" toman al niño Jesús del Nacimiento y lo pasean por los corredores de la casa. Al volver, nos arrodillamos alrededor del pesebre y los "padrinos" nos dan a besar uno a uno el Santo Niño mientras el coro canta:

Todos de rodillas
delante del Altar
besen al Niñito
si lo han de besar

San José y la Virgen
se están admirando
de ver a su Niño
que lo están besando.

Ahora los "padrinos colocan al niño de nuevo en el pesebre. Pero no como antes. El Niño está derecho sobre sus propios pies. Claramente ahora sus manitas nos bendicen a nosotros.

Navidad, fiesta del pueblo

Parodiando el verso de Rilke, "yo soy un hálito en el bosque, pero tu eres el árbol", diremos que los usos cambiantes de lo que está de moda son un hálito efímero frente a la sólida realidad de las costumbres populares enraizadas en siglos de fe. El pueblo sencillo es el más fiel al espíritu de las festividades religiosas. El pueblo no miente, bien lejos de todo lo formal custodia el fuego de la fe religiosa y la expresa inequívocamente en lo folklórico y tradicional. Desde las comparsas aguinalderas hasta la "venida" de los Reyes Magos, desde la Entrada del Niño Jesús hasta la Búsqueda del Niño, el pueblo entero toma parte en estas fiestas como en un Oberammergau de la Infancia. Sí, todo eso es como un árbol firme en el que vive el alma del pueblo. Y todo lo demás, que es creación del mundo artificial, parará inofensivo como el murmullo del viento.

RAFAEL CARIAS, S. J.